

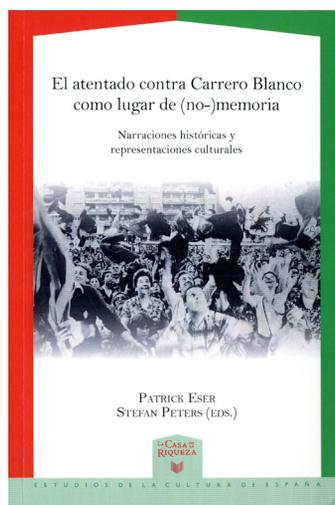
la mayor parte de los casos no de Jimeno sino de Urmeneta en sus memorias— que deben fundamentarse más. Por otro lado, aunque el autor conoce y cita la abundante bibliografía existente sobre los muy variados aspectos de la vida navarra que se abordan en el libro, pocas veces nos informa sobre la diferente calidad—desde las contribuciones de historiadores profesionales prestigiados como él hasta las obras periodísticas de poco rigurosa metodología e imparcialidad— de las obras que maneja. Esta deficiencia es fruto probablemente de lo improbable del esfuerzo realizado a partir de tan variadas e importantes fuentes porque, como decía al comienzo de estas líneas, basta con leer el apretado epílogo del libro para estar seguro de la capacidad crítica y de la voluntad de objetividad de Rolán Jimeno.

Ignacio OLÁBARRI
GORTÁZAR

El atentado contra Carrero Blanco como lugar de (no-)memoria. Narraciones históricas y representaciones culturales

Patrick Eser y Stefan Peters (eds.)

Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Editorial Vervuert, 2016, 282 págs.



Dentro de la amplísima bibliografía existente sobre el atentado de Carrero Blanco, esta obra colectiva destaca entre ellas no solo por su rigor académico, sino también por su enfoque original y atrevido. Su objetivo, explicitado en el título, es analizar el acontecimiento del atentado contra Carrero Blanco como lugar de (no-)memoria. Sus editores, Patrick Eser y Stefan Peters, plantean esta tesis partiendo de la constatación de una paradoja, la de que “a pesar de la relevancia que tuvo el magnicidio

en su época, argumentamos que actualmente se encuentra sub-representado en las narraciones del pasado reciente de España” y ahora es “un suceso que casi nadie quiere o se atreve a recordar”. Se trata de un objetivo ambicioso y valiente que es resuelto de forma satisfactoria e interdisciplinar por diecisiete académicos a lo largo de trece capítulos. Ambicioso, por la dificultad añadida que entraña el estudio de una ausencia (frente al estudio de las presencias), en este caso, la ausencia o desdibujamiento del atentado en la memoria colectiva y en las narraciones historiográficas; y valiente, por analizar con rigor académico y sin maniqueísmos un hecho histórico tan polémico en la democracia española actual. Su carácter polémico se debe a que, tal y como ciertamente afirman Eser y Peters, “los ‘lugares de (no-)memoria’ suelen tener una carga histórica que contradice la interpretación hegemónica o la desacomoda. Sea porque duela, porque dé un tropezón a la coherencia de la narración hegemónica o porque la contradiga”.

Efectivamente, y tal y como se desgrena en las páginas de libro, fue el atentado más importante de la historia de ETA y uno de los que más legitimidad dio a la organización terrorista, al hacerlo contra el presidente del gobierno de la dictadura franquista, el almirante Carrero Blanco, principal hombre de confianza del dictador y encargado de garantizar la continuidad del régimen tras la muerte de Franco. Los contemporáneos vieron en el

atentado un hecho de crucial importancia, incluso posteriormente muchos consideraron que fue el inicio del fin del franquismo o la antesala de la Transición. Sin embargo, en las últimas décadas el atentado ha caído en el olvido o ha sido infra-representado, entre otros, por la progresiva deslegitimación de ETA, que siguió empleando la violencia tras la consolidación de la democracia; y por la hegemonía del discurso del “espíritu de la Transición”, según el cual el diálogo entre diferentes triunfó frente al empleo de la violencia en la construcción de la democracia.

Pasando a desgranar la estructura interna del libro, la introducción, de Eser y Peters, traza una historia factual del atentado y sus repercusiones, un enfoque teórico sobre la memoria, la (no-)memoria y la tensión que existen entre ellos y una breve introducción a la memoria del atentado contra Carrero Blanco en perspectiva histórica, subrayando que “no ha sido siempre un lugar de (no-)memoria”, al haber pasado de la importancia del atentado en un primer momento, a la desmemoria actual. Plantean a su vez una batería de preguntas que sobrevuelan a lo largo de todo el libro, como ¿qué responsabilidad tiene ETA como agente/actor de la Transición?, ¿cuáles son los roles de víctima y victimario en este hecho?, ¿se puede distinguir una ETA ‘buena’ durante la dictadura y una ETA ‘mala’ en democracia?

Continuando con cada una de los capítulos, Pablo Sánchez León analiza la importancia de la (no-)memoria del atentado en la

narrativa de la Transición española. Sostiene que el atentado “figura en toda la literatura como un acontecimiento innecesario” en el proceso hacia la democracia, hecho que solo se sostendría por la asunción de dos hechos contrafactuales: el “supuesto divorcio entre la sociedad y el régimen” y negar que Carrero se hubiera resistido al cambio democrático.

Ludger Mees y Virginia López de Maturana analizan el impacto del atentado en el nacionalismo vasco. Destacan que tanto el PNV como ETA apenas dieron importancia a Carrero Blanco antes de su muerte, pero tras su asesinato, su actitud moduló cualitativamente. Mientras que ETA se sintió más legitimada en la continuación del uso de la violencia, el PNV, que oficialmente condenaba el atentado, la directiva optó por marginar el asunto, para no entrar en contradicción con sus bases, que mayoritariamente celebraron su muerte.

Eduardo Uriarte estudia el tratamiento de la prensa española del magnicidio, concretamente a través de los periódicos *ABC*, *La Vanguardia* y *El Correo*. Concluye que el tratamiento fue exagerado y que acabó beneficiando a ETA, al sobredimensionar la importancia de grupo que no era todavía en ese momento sujeto político de primera línea. De hecho, Uriarte concluye que, más que informar del atentado, la prensa trató de “demandar adhesión y confianza en el sistema político”.

Antonio Duplá estudia los mecanismos que han justificado la

violencia política de ETA contra otros miembros de la comunidad y la falta de responsabilidad individual de los ejecutores. Señala la importancia del atentado en la creación de una “aureola positiva” de ETA y reflexiona sobre los orígenes de la recurrente dicotomía de la ETA ‘buena’ (en la dictadura) y la ETA ‘mala’ (en democracia). Asimismo, aboga por otorgar a la historia, a la memoria y al lenguaje su importancia en la deconstrucción de la narrativa de la violencia y en el status de las víctimas como sujetos. Por su parte, Ulrich Winter parte de la consideración de que la violencia política debe considerarse como una práctica cultural, y sitúa el atentado en sintonía con las prácticas de la resistencia antifranquista. Winter afirma que tanto ETA como la resistencia antifranquista compartieron unas mismas propuestas “cronopolíticas contrahegemónicas”, como él las define.

Seguidamente, Patrick Eser pretende demostrar la gran variedad de discursos y valoraciones existentes sobre el magnicidio. Lo hace a través de cuatro representaciones culturales (un ensayo historiográfico, dos relatos literarios y una película) lo que deriva en diferentes reflexiones en torno a la violencia política (desde el tiranicidio al asesinato). Finaliza reflexionando si los cambios sustanciales del relato del atentado “provocan la cuestión de si los conceptos del presente son adecuados para captar el sentido histórico de tal acontecimiento y la pregunta de cómo se puede superar

la brecha entre los diferentes tiempos históricos”.

Germán Labrador analiza como las escenificaciones artísticas del magnicidio contribuyeron a transformar sus significados, tanto en lo temporal desde el momento del atentado hasta tiempos recientes, como en los diferentes agentes sociales, desde los sectores oficialistas a la contracultura. Entre algunas formas de escenificar el hecho, unos lo hacen como si se tratara de una ventosidad del cuerpo de España, otros como un hecho ininteligible casi teológico o como un hecho que no tuvo por qué haber tenido lugar.

Por su parte, Santiago de Pablo e Igor Barrenetxea, analizan la representación del atentado a través del cine de ficción (*Comando Txikia, Operación Ogro y El asesinato de Carrero Blanco*), constatando que su evolución ha ido pareja a la evolución de la sociedad, siendo estas películas a su vez agentes historiográficos, al construir el imaginario colectivo de estos acontecimientos históricos. Este hecho se vería ratificado, entre otros, por el masivo empleo en películas de ficción, incluso en documentales, de la famosa escena ficcionada del atentado en Operación Ogro.

Mikel Ayerbe y Mari Jose Olaziregi analizan la representación del atentado a través de la canción y literatura vascas. Para ellos, el magnicidio constituye un importante lugar de memoria colectiva vasca, si bien no entra necesariamente en contradicción con otros autores del libro, que

reconocen una mayor pervivencia de esta memoria en el País Vasco que en España. Las obras analizadas evolucionarían desde la afinidad con la violencia de ETA en el tardofranquismo, representado en la canción Yup lala, hasta las dudas y el rechazo a la misma en las últimas décadas. Al igual que el cine, también la literatura y la música se convirtieron al mismo tiempo en reflejo de su tiempo y en difusores de una nueva forma de entender el la violencia.

Enrique Maestu, Marina Montoto y Lidia Carrasco, estudian la transmisión intergeneracional de la memoria del atentado a través de la prensa, el cine y la historia oral. Afirman que veinte años después del asesinato, su memoria ha desaparecido de la memoria oficial y en las clases populares. Si bien su efeméride es recordada, se hace más por la espectacularidad del atentado que por la importancia política del personaje. Por su parte, para el conjunto de la sociedad la hilaridad se habría convertido en el principal medio de transmisión del atentado, aunque se le priva de toda contextualización.

Tras unas conclusiones del libro redactadas por Eser, la obra finaliza con un epílogo de Joseba Zulaika en el que realiza un ensayo autobiográfico, donde narra sus contactos con Wilson, uno de los etarras que organizó el atentado, antes y después del atentado. Alejado de toda simplificación dualista, en ella se descubren algunas de las claves sobre las motivaciones que llevaron a uno y a otro a entrar en la lógica del

denominado “conflicto vasco” o a distanciarse del mismo.

En definitiva, la obra que tenemos entre manos es una obra imprescindible para acercarse al estudio de la memoria, en este caso de la (no-)memoria, del atentado contra Carrero Blanco. Además de su carácter interdisciplinario y tener un amplio corpus teórico y empírico, el libro también invita a la reflexión sobre las políticas de memoria y la violencia política realizadas en el País Vasco y España desde la Transición hasta nuestros días.

Andoni ELEZCANO
ROQUEÑI